

JODI PICOULT

SI ESTUVIERAS AQUÍ

Título original: *Wish you were here*

© 2021, Jodi Picoult

Esta edición es publicada por acuerdo con Ballantine Books, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC.

Traducción: Yara Trevethan Gaxiola

Adaptación de la portada original de Lisa White: Planeta Arte & Diseño

Imágenes de portada: © Michela Ravasio / Stocksy (mujer); y iStock (texturas)

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA ^{M.R.}

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: agosto de 2022

ISBN: 978-607-07-9086-7

Primera edición impresa en México: agosto de 2022

ISBN: 978-607-07-9076-8

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

UNO

13 de marzo de 2020

Cuando tenía seis años pinté una esquina del cielo. Mi padre trabajaba como restaurador, uno de los pocos que restauraban el mural del zodiaco en el techo del vestíbulo principal de la terminal Grand Central: un entramado azul agua con constelaciones brillantes. Era tarde, bien pasada la hora de dormir, pero mi padre me llevó a su trabajo porque mi madre, como de costumbre, no estaba en casa.

Con cuidado, me ayudó a subir el andamiaje donde lo observé trabajar en un área limpia de la pintura turquesa. Miré las estrellas que representaban la mancha de la Vía Láctea, las alas doradas de Pegaso, el garrote alzado de Orión, los peces entrelazados de Piscis. Mi padre me contó que el mural original había sido pintado en 1913. Las fugas de agua en el techo dañaron el yeso y, en 1944, lo replicaron en paneles que estaban sujetos al techo abovedado. El plan original consistía en quitar los paneles para su restauración, pero como contenían asbesto, los restauradores los dejaron en su lugar y trabajaron con hisopos de algodón y una solución limpiadora para borrar décadas de contaminantes.

Descubrieron historias, aparecieron firmas, bromas privadas y notas que habían dejado los artistas originales, insertadas entre las constelaciones. Había fechas que conmemoraban bodas y el final

de la Segunda Guerra Mundial. Había nombres de soldados. El nacimiento de unos gemelos estaba registrado cerca de Géminis.

Los artistas originales habían cometido un error: por la manera en que aparece en el cielo nocturno, el zodiaco que pintaron estaba invertido. Pero en lugar de corregirlo, mi padre reforzaba el error con esmero. Esa noche trabajaba en una pequeña área cuadrada de estrellas doradas. Ya había pintado los diminutos puntos amarillos con adhesivo. Los cubrió con un pedazo de hoja de oro, ligera como el aire. Después volteó a verme.

—Diana —dijo extendiendo la mano.

Subí hasta quedar frente a él, protegida en la seguridad de su cuerpo. Me dio una brocha para que la pasara sobre la fina lámina para fijarla en su lugar. Me mostró cómo aplicarla con cuidado usando el pulgar. Así, la galaxia que había creado fue todo lo que quedó.

Al terminar el trabajo, los curadores dejaron una pequeña mancha oscura en la esquina noroeste de la terminal Grand Central, donde el techo azul celeste se encuentra con la pared de mármol. Esta sección de 22×12 centímetros se dejó así deliberadamente. Mi padre me explicó que los curadores hacen eso en caso de que los historiadores necesiten estudiar la composición original. La única manera de saber qué tan lejos has llegado es saber dónde empezaste.

Cada vez que voy a la terminal Grand Central pienso en mi padre. En cómo nos marchamos esa noche tomados de la mano, con las palmas brillantes como si hubiéramos robado las estrellas.

Es viernes 13, debí haber reparado en eso. Ir de Sotheby's, en Upper East Side, hasta el Ansonia, que está en Upper West Side, significa tomar el tren Q a Times Square y luego el 1, hacia la parte alta de la ciudad, por lo que tengo que viajar en dirección opuesta antes de dirigirme hacia el camino correcto.

Odio dar marcha atrás.

En general cruzaría Central Park a pie, pero llevo un nuevo par de zapatos que me sacaron una ampolla en el talón y que jamás me habría puesto de haber sabido que Kitomi Ito me mandaría llamar. Por eso, ahora me encuentro en el transporte público. Pero algo está mal, y me lleva un momento darme cuenta de qué es.

El silencio. Normalmente tengo que abrirme paso entre los turistas que escuchan a alguien que canta por unas monedas o un cuarteto de violín. Sin embargo, hoy el andén está vacío.

Por un exceso de precaución, anoche los teatros de Broadway cancelaron sus representaciones por un mes, después de que un acomodador salió positivo en la prueba de covid. En cualquier caso, eso es lo que dijo Finn, residente del Hospital Presbiteriano de Nueva York: no ha visto la afluencia de casos de coronavirus que están apareciendo en el estado de Washington, Italia y Francia.

—Solo hubo 19 casos en la ciudad —me comentó anoche mientras veíamos las noticias, cuando me pregunté en voz alta si deberíamos ya empezar a entrar en pánico—. Lávate las manos y no te toques la cara —me dijo—. Todo va a estar bien.

El metro que va a la parte alta de la ciudad también está casi vacío. Bajo en la 72.^a y salgo a la calle, parpadeando como topo y caminando con el paso rápido y enérgico de los neoyorquinos. El Ansonia, en toda su gloria, se erige como un genio enfurecido, proyectando desafiante su fachada *Beaux Arts* al cielo. Por un momento me quedo ahí parada en la banqueta, mirando su techo de mansarda y su despreocupado crecimiento hacia la 73.^a y la 74.^a. Hay una tienda de North Face y una de American Apparel en la planta baja, pero no siempre fue tan sofisticado. Kitomi me dijo que cuando ella y Sam Pride se mudaron ahí en los setenta, el edificio estaba abarrotado de psíquicos y médiums, y que albergaba un club de *swingers* con un salón de orgías, barra libre y bufet. «Sam y yo íbamos al menos una vez a la semana», me dijo.

Yo no había nacido cuando Sam y William Punt, su compañero compositor, formaron la banda Los Nightjars con dos amigos de la

escuela de Slough, Inglaterra. Tampoco cuando su primer álbum estuvo 30 semanas en los favoritos de *Billboard*, ni cuando su pequeño cuarteto británico estuvo en *The Ed Sullivan Show* y despertó una estampida de alaridos de chicas estadounidenses. Tampoco cuando Sam se casó con Kitomi Ito diez años después o cuando la banda se disolvió, meses después de que lanzaran su último álbum con Kitomi y Sam en la portada, desnudos, emulando las figuras de una pintura que colgaba sobre la cabecera de su cama. Y tampoco había nacido cuando asesinaron a Sam tres años después, en las escaleras de este mismo edificio, apuñalado en la garganta por un enfermo mental que lo reconoció como el hombre de la portada de ese álbum icónico.

Pero como todo el mundo en el planeta, conozco la historia.

El portero del Ansonia me sonríe con amabilidad; la conserje levanta la mirada cuando me acerco a la recepción.

—Vengo a ver a Kitomi Ito —digo tranquila, empujando mi licencia de manejo sobre el escritorio.

—La está esperando —responde—. Piso...

—18. Lo sé.

Muchas personas famosas han vivido en el Ansonia, desde Babe Ruth hasta Theodore Dreiser, Toscanini o Natalie Portman, pero podría decirse que Kitomi y Sam Pride son los más famosos. Si hubieran asesinado a mi esposo a la entrada de mi edificio quizá no me habría quedado otros 30 años, pero esa soy yo. Y en cualquier caso, Kitomi por fin va a mudarse, esa es la razón por la que la viuda del cantante de rock más tristemente célebre del mundo tiene mi número en su teléfono celular.

«Esto es mi vida», pienso, recargada contra la pared del fondo del elevador.

Cuando era joven y la gente preguntaba qué quería hacer cuando creciera, yo tenía un plan bien trazado. Quería abrirme un camino seguro en mi carrera, casarme a los 30 y tener hijos a los 35. Quería hablar francés con fluidez y haber cruzado el país por la Ruta 66.

Mi padre se había reído con mi lista. «Definitivamente eres hija de tu madre», me dijo. No lo tomé como halago.

Además, para que conste, voy por el buen camino. Soy especialista asociada en Sotheby's, ¡Sotheby's!, y Eva, mi jefa, me ha insinuado de todas las maneras posibles que después de la subasta de la pintura de Kitomi es muy probable que me den un ascenso. No estoy comprometida, pero cuando me quedé sin calcetines limpios el fin de semana pasado y fui a buscar uno de los pares de Finn, encontré un anillo escondido al fondo del cajón de su ropa interior. Mañana nos vamos de vacaciones y Finn va a hacerme ahí la pregunta. Estoy tan segura de eso que hoy me hice *manicure* en lugar de ir a comer.

Y tengo 29 años.

La puerta del elevador se abre directamente en la sala de Kitomi. Todo el piso de mármol son cuadrados blancos y negros, como un tablero de ajedrez gigante. Ella llega a la entrada, vestida en *jeans* y botas de combate y una bata de seda rosa, con la mata de pelo blanco y los lentes morados en forma de corazón por los que es conocida. Siempre me ha hecho pensar en un chochín, ligero y de huesos frágiles. Pienso en el cabello negro de Kitomi, que se volvió blanco de la noche a la mañana por el dolor después de que asesinaron a Sam. Pienso en las fotografías de ella en la banqueta, sin aliento.

—¡Diana! —exclama como si fuéramos viejas amigas.

Hay una breve incomodidad cuando, por instinto, extendo la mano para estrechar la suya y luego recuerdo que ya no hay que hacerlo, y en su lugar agito la mano con torpeza.

—Hola, Kitomi —respondo.

—Estoy muy contenta de que hayas podido venir hoy.

—No es ningún problema. A muchos vendedores les gusta asegurarse de que el papeleo se les entregue personalmente.

Sobre su hombro, al final del largo pasillo, puedo verlo: el cuadro de Toulouse-Lautrec, que es la razón por la que conozco a

Kitomi Ito. Ella observa cómo mi mirada se concentra en él y su boca dibuja una sonrisa.

—No puedo evitarlo —digo—. Nunca me canso de verlo.

Una expresión peculiar atraviesa el rostro de Kitomi.

—Entonces, déjame enseñarte una mejor perspectiva —responde y me guía al interior de su casa.

De 1892 a 1895, Henri de Toulouse-Lautrec escandalizó al mundo del arte impresionista al mudarse a un burdel y pintar a prostitutas juntas en la cama. *Le Lit*, uno de los cuadros más famosos de esa serie, está en el Museo de Orsay. Otros se han vendido a coleccionistas privados por 10 y 12 millones de dólares. La pintura en la casa de Kitomi es claramente parte de esa serie, aunque evidentemente se distingue de las otras.

En esta no hay dos mujeres, sino una mujer y un hombre. La mujer está sentada desnuda, recargada en la cabecera de la cama, la sábana caída hasta la cintura. Sobre la cabecera hay un espejo y en él se puede ver el reflejo de la segunda figura en el cuadro, el mismo Toulouse-Lautrec, sentado desnudo al pie de la cama, con las sábanas amontonadas sobre su regazo, de espaldas al espectador, mirando fijamente a la mujer, igual que ella a él. Es íntimo y voyerista, a la vez privado y público.

Cuando los Nightjars lanzaron su último álbum, *Twelfth of Never*, la portada mostraba a Kitomi con los senos desnudos contra la cabecera, mirando a Sam, cuya ancha espalda forma el tercio inferior del campo visual. Detrás de su cama cuelga la pintura que imitan, en la posición en que está el espejo en el verdadero cuadro.

Todos conocen la portada de ese álbum. Todos saben que Sam compró esta pintura a un coleccionista privado como regalo de bodas para Kitomi.

Pero solo pocas personas saben que ahora la va a vender en una subasta única de Sotheby's, y que soy yo quien cerró el trato.

—¿Aún te vas a ir de vacaciones? —pregunta Kitomi interrumpiendo mi pensamiento.

¿Le conté de mi viaje? Quizá. Pero no puedo pensar en ninguna razón lógica por la que le pueda importar.

Me aclaro la garganta (no me pagan para soñar despierta sobre arte, me pagan por venderlo) y fuerzo una sonrisa.

—Solo dos semanas y después, justo cuando regrese, toda mi energía será para la subasta.

Mi trabajo es extraño: tengo que convencer a los clientes para que den en adopción su amado arte, que es un danza cuidadosa entre celebrar la pieza y asegurarles que están haciendo lo correcto al venderla.

—Si le inquieta que llevemos la pintura a nuestras oficinas, no se preocupe —le digo—. Le juro que yo, personalmente, supervisaré su embalaje y estaré ahí cuando llegue también —miro el cuadro—. Le vamos a encontrar el hogar perfecto —prometo—. Entonces, ¿el papeleo?

Kitomi mira por la ventana antes de voltear hacia mí.

—Sobre eso... —dice.

—¿Qué quieres decir con que no quiere vender? —exclama Eva mirándome sobre el grueso armazón de sus famosos lentes. Eva St. Clerck es mi jefa, mi mentora y una leyenda. Como jefa de ventas de la subasta Imp Mod, la gran venta de impresionistas y arte moderno, ella es quien me gustaría ser cuando tenga 40 años, y hasta este momento he disfrutado mucho ser la mascota de la maestra, resguardada bajo el ala de su experiencia.

Eva entrecierra los ojos.

—Lo sabía. Alguien de Christie's se acercó a ella.

Ya antes Kitomi había vendido otras piezas de arte con Christie's, el principal rival de Sotheby's. Para ser justos, todo el mundo supuso que así vendería también el Toulouse-Lautrec... hasta que yo hice algo que nunca debí haber hecho como especialista adjunta y la convencí de que cambiara de opinión.

—No es Christie's...

—¿Phillips? —pregunta Eva arqueando las cejas.

—No, ninguno de ellos. Solo quiere tomarse un tiempo —aclaro—. Le preocupa lo del virus.

—¿Por qué? —pregunta Eva asombrada—. No es que la pintura se pueda contagiar.

—No, pero en una subasta los compradores sí.

—Bueno, puedo convencerla en ese rubro —dice Eva—. Los Clooney, Beyoncé y Jay-Z están muy interesados, ¡por Dios!

—Kitomi también está nerviosa porque el mercado bursátil se está desplomando. Cree que las cosas van a empeorar, rápido. Y quiere esperar un poco... Prefiere prevenir que lamentar.

Eva se frota las sienes.

—¿Estás consciente de que ya filtramos información sobre esta venta? —dice—. *El New Yorker* publicó una columna sobre eso.

—Solo necesita un poco más de tiempo —digo.

Eva desvía la mirada, en su mente ya me había despedido.

—Puedes irte —ordena.

Salgo de su oficina al laberinto de pasillos en los que están los libros que he usado para investigar sobre las obras de arte. Llevo seis años y medio en Sotheby's, siete si contamos la pasantía, cuando aún estaba en la Universidad Williams. Justo después de terminar la pasantía empecé ahí el programa de maestría en Negocios de Arte. Inicié como becaria y luego como catalogadora subalterna en el departamento de impresionismo, haciendo la investigación inicial de las pinturas que recibíamos. Estudiaba en qué otra cosa trabajaba el artista más o menos al mismo tiempo y en cuánto se vendieron trabajos similares; a veces escribía el primer borrador de la nota publicitaria del catálogo. Aunque estos días el resto del mundo es digital, el mundo del arte sigue produciendo catálogos físicos hermosos: brillantes, con textura y muy, muy importantes. Ahora, como especialista adjunta realizo otras tareas para Eva: visitar las obras de arte *in situ* y advertir cualquier imperfección,

igual que se revisa un coche rentado para ver si tiene abolladuras antes de firmar el contrato; acompañar físicamente a la pintura mientras la embalan y la transportan de la casa a nuestra oficina, y en ocasiones acompaño a mi jefa a visitar a posibles clientes.

Una mano sale de una puerta mientras yo paso enfrente y me toma por el hombro, jalándome hasta una pequeña habitación anexa.

—¡Dios! —exclamo casi cayendo sobre Rodney, mi mejor amigo aquí en Sotheby's.

Al igual que yo, empezó como pasante universitario. A diferencia de mí, no terminó en la parte de los negocios en la casa de subastas; en su lugar, diseña y ayuda a crear los espacios donde se exhiben las obras para la subasta.

—¿Es verdad? —pregunta Rodney—. ¿Perdiste el cuadro de los Nightjars?

—Primero: no es el cuadro de los Nightjars, es de Kitomi Ito. Segundo: ¿cómo demonios te enteraste tan rápido?

—Querida, los chismes son el alma de toda esta industria —dice Rodney—. Y corren por estos pasillos más rápido que la gripe —titubea un segundo—. O que el coronavirus, como parece.

—Bueno, no perdí el Toulouse-Lautrec. Kitomi solo quiere que primero se calmen las cosas.

Rodney cruza los brazos.

—¿Y crees que eso suceda pronto? El alcalde declaró estado de emergencia ayer.

—Finn dijo que solo hay 19 casos en la ciudad —digo.

Rodney me mira como si acabara de decir que sigo creyendo en Santa Claus, con una mezcla de incredulidad y compasión.

—Puedes tomar uno de mis rollos de papel de baño —dice.

Por primera vez miro detrás de él. Hay seis tonos diferentes de muestras de pintura dorada en las paredes.

—¿Cuál te gusta? —me pregunta. Señalo la franja de en medio—. ¿En serio? —dice entrecerrando los ojos.

—¿Para qué es?

—Una exhibición de manuscritos medievales. Venta privada.

—Entonces ese —afirmo, señalando con un movimiento de cabeza a la franja de al lado, que parece exactamente igual—. Ven a Sant Ambroeus conmigo —le ruego.

Es el café en el último piso del edificio de Sotheby's y venden sándwiches de prosciutto y mozzarella que podrían borrar la imagen del rostro de Eva que tengo en la cabeza.

—No puedo. Hoy es día de palomitas.

La sala de descanso tiene palomitas para microondas gratis, y en los días muy ajetreados ese es el almuerzo.

—Rodney —me escucho decir—. Estoy jodida.

Pone sus manos sobre mis hombros, me da media vuelta y camina conmigo hacia la pared opuesta, donde hay un enorme espejo que se quedó de la instalación previa.

—¿Qué ves?

Observo mi cabello, que siempre ha sido demasiado rojo para mi gusto, y mis ojos azul acero. Mi lápiz de labios casi ha desaparecido. Mi piel es de un blanco invierno fantasmagórico y hay una mancha rara en el cuello de mi camisa.

—Veo a alguien que puede despedirse de su ascenso.

—Qué chistosa —dice Rodney—, porque yo veo a alguien que mañana se va de vacaciones y a quien debería importarle un carajo Kitomi Ito, Eva St. Clerck o Sotheby's. Piensa en bebidas tropicales, en el paraíso y en jugar al doctor con tu novio...

—Los verdaderos doctores no hacen eso...

—...y en practicar esnórquel con monstruos de Gila...

—Iguanas marinas.

—Lo que sea —detrás de mí, Rodney me aprieta el hombro y atrapa mi mirada en el espejo—. Diana, para cuando vuelvas en dos semanas todos habrán pasado a otro escándalo —me sonrío—. Ahora ve a comprarte un protector solar de 50 y vete de aquí.